

## *Y.N. Harari.: Sapiens. De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U., 2015, 496 páginas*

José María López Jiménez

**S**apiens” es un libro singular, escrito por un profesor de historia, que trata de identificar cuáles han sido las claves que han permitido a nuestra especie prevalecer sobre otras (humanas y no humanas) y dominar el planeta. En la parte final de la obra Harari plantea cómo será el futuro de sus sucesores, unos “seres humanos nuevos” que tendrán en su mano elegir entre el infierno y el paraíso...

Los humanos “salen del seno materno como el vidrio fundido sale del horno”, por lo que pueden ser retorcidos, estirados y modelados con un sorprendente grado de libertad. Los “sapiens” son capaces de cambiar rápidamente su comportamiento y de transmitir nuevas conductas a las generaciones futuras sin necesidad de cambios genéticos o ambientales.

Al haber sido hasta hace muy poco uno de los desvalidos de la sabana, estamos llenos de miedos y ansiedades acerca de nuestra posición, lo que nos hace doblemente crueles y peligrosos. Muchas calamidades históricas, desde las guerras mortíferas hasta las catástrofes ecológicas, han sido consecuencia de este salto demasiado apresurado.

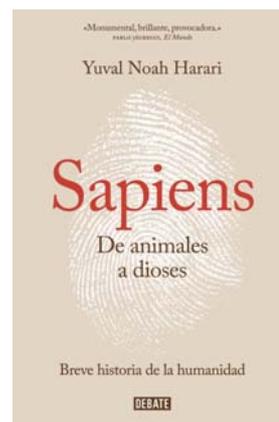
Una de las características que hacen al ser humano único es la capacidad de transmitir información acerca de cosas que no existen, así como la de agruparse para cooperar.

Según Harari, el secreto del éxito de los grandes grupos humanos es la “ficción”: un gran número de extraños puede cooperar con éxito si los individuos creen en mitos comunes que solo existen en la imaginación colectiva.

Este “pegamento mítico” que une a individuos y familias para formar grupos mucho más amplios nos ha convertido en dueños de la creación. Tanto Hammurabi como los Padres Fundadores de los Estados Unidos, por poner dos ejemplos, imaginaron una realidad regida por principios de justicia universales e inmutables, tales como la jerarquía y la igualdad, respectivamente, pero el único lugar en el que tales principios existen es en la fértil imaginación de los “sapiens”. Se trata de mitos que se inventan y se cuentan de unos a otros, sin validez objetiva. La igualdad, la libertad, los derechos y las sociedades de responsabilidad limitada son invenciones que solo existen en nuestras mentes. Harari cita una frase atribuida a Voltaire: “Dios no existe, pero no se lo digáis a mi criado, no sea que me asesine durante la noche”, para aseverar que Hammurabi o Jefferson habrían dicho algo parecido sobre su principio de

jerarquía o sobre los derechos humanos. ¿Cómo se hace, por tanto, para que la gente crea en órdenes imaginados como el cristianismo, la democracia o el capitalismo?

En primer lugar, no se puede admitir que el orden es imaginado. Al contrario, se ha de defender que el orden que sostiene la sociedad es una realidad objetiva creada por los grandes dioses o por las leyes de la naturaleza: “Las personas son distintas no porque lo dijera Hammurabi, sino porque lo decretaron Enlil y Marduk. Las personas son iguales, no porque lo dijera Thomas Jefferson, sino porque Dios los creó así. Los mercados libres son el mejor sistema económico, no porque lo dijera Adam Smith, sino porque estas son las inmutables leyes de la naturaleza”. En segundo lugar, hay que educar de forma concienzuda a las personas.



Son tres, por otra parte, los factores que impiden que la gente se dé cuenta de que el orden es imaginario: dicho orden está incrustado en el mundo material, modela nuestros deseos y es intersubjetivo.

Lo que Harari llama el “chismorreo” permite colaborar a los “sapiens” en grupos de hasta 150 integrantes. Sin embargo, la mayoría de las personas no puede conocer íntimamente a más de 150 seres humanos, ni chismorrear efectivamente con ellos. En la actualidad, un umbral crítico en las organizaciones humanas se encuentra en algún punto alrededor de este número mágico. Por debajo de él, comunidades, negocios, redes sociales y unidades militares pueden mantenerse basándose principalmente en el conocimiento íntimo y en la actividad de los chismosos, sin rangos formales, títulos ni leyes para sustentar un orden. Un pequeño negocio familiar puede subsistir sin una junta directiva, un director ejecutivo o un departamento de contabilidad, pero, cruzado el umbral de los 150 individuos, las cosas no pueden seguir funcionando así.

---

Ningún otro animal aparte de los seres humanos se dedica al comercio, lo que se convierte en un rasgo distintivo. Como afirma Harari: “El comercio no puede existir sin la confianza, y es muy difícil confiar en los extraños”. La red comercial global de hoy en día se basa en nuestra confianza en entidades ficticias como son el dólar, la Reserva Federal y las marcas registradas por las corporaciones. También confiere un rol relevante a las sociedades de responsabilidad limitada, una invención crucial según Harari, que permite a los emprendedores y a sus familias no caer en la indignancia si el proyecto fracasa.

Para Harari, y nos parece una afirmación provocadora, prácticamente como casi todas las que jalonan el libro, la revolución agrícola ha sido “el mayor fraude la historia”, pues los cazadores-recolectores, que pasaban el día de maneras estimulantes y variadas, preservados del hambre y de las enfermedades, vieron empeorar sus condiciones de vida. Ciertamente, la revolución agrícola amplió la suma total de alimento a disposición de la humanidad, pero el alimento adicional no se tradujo en una dieta mejor o en más ratos de ocio sino en explosiones demográficas y en élites consentidas. El agricultor medio trabajaba más duro que el cazador-recolector medio, y a cambio obtenía una dieta peor. ¿Quiénes fueron los culpables? Ni reyes, ni sacerdotes, ni mercaderes: los culpables fueron un puñado de especies de plantas, entre las que se encuentran el trigo, el arroz y las patatas. Estas plantas domesticaron al “Homo Sapiens” y no al revés.

Ante la amenaza de otro grupo de individuos, los agricultores, temiendo perderlo todo y morir de hambre, tendían a quedarse en su tierra y a luchar hasta las últimas consecuencias. El apego al terreno propio y la separación de los vecinos se convirtieron en el rasgo psicológico distintivo de un ser mucho más egocéntrico.

El esfuerzo vinculado a la agricultura (trabajar más para producir más) tuvo consecuencias —posiblemente no esperadas— trascendentales y fue el fundamento de sistemas políticos y sociales a gran escala. Lamentablemente, muestra Harari, los campesinos casi nunca consiguieron la seguridad económica futura que tanto ansiaban mediante su duro trabajo en el presente.

Por todas partes surgían gobernantes y élites, que vivían a costa de los excedentes de alimentos de los campesinos y que solo les dejaban vivir en régimen de subsistencia. Estos excedentes alimentarios confiscados impulsaron la política, las guerras, el arte y la filosofía. Los reyes, funcionarios, soldados, sacerdotes, artistas y pensadores que llenan los libros de historia construyeron palacios, fuertes, monumentos y templos. Ello le permite concluir que “la mayoría de las redes de cooperación humana se han organizado para la opresión y la explotación”.

Mantener toda esta estructura en marcha requiere un gran esfuerzo de conservación de leyes, costumbres, procedimientos y conductas, pues, de lo contrario, el orden social se hundiría rápidamente. Durante cientos de miles de años, toda esta información se almacenó en el cerebro, aunque este no es el mejor de los posibles depósitos de información por varios motivos: su capacidad es limitada; los humanos mueren y el cerebro fenece con ellos; el cerebro se ha adaptado para almacenar y procesar únicamente determinados tipos de información.

El verdadero salto de calidad en materia de almacenamiento de información surgió con los números. Los cazadores-recolectores no tuvieron necesidad de manejar una gran cantidad de datos matemáticos, pero para las sociedades agrícolas más complejas, los reinos y los imperios, estos datos eran vitales a fin de recaudar impuestos, identificar las posesiones y los ingresos de los contribuyentes, contabilizar las deudas, los pagos... Sin esta capacidad para identificar recursos, la propia organización social no habría sido viable.

Los primeros que superaron estos problemas fueron los sumerios, que habitaron el sur de Mesopotamia e inventaron la escritura. Es revelador que el primer texto escrito del que se tiene constancia se escribiera no por un profeta o un poeta, sino por un contable llamado Kushim.

Un elemento fundamental para dotar de uniformidad y facilitar el funcionamiento de las estructuras sociales es la cultura, concebida por Harari como un conjunto de instintos artificiales que permite que millones de extraños cooperen de manera efectiva. Toda cultura se integra por creencias, normas y valores que no son estáticos sino dinámicos, que se hallan en un flujo constante como fruto de cambios en su ambiente o por la interacción con otras culturas.

Actualmente, casi todos los humanos comparten el mismo sistema geopolítico (basado en Estados), el mismo sistema económico (capitalista), el mismo sistema legal (inspirado en los derechos humanos) y el mismo sistema científico (fundado en la observación, en la experimentación y en la formulación de proposiciones válidas tan solo provisionalmente).

El primer milenio antes de Cristo contempló la aparición de tres órdenes universales en potencia, cuyos partidarios podían imaginar por primera vez a todo el mundo y a toda la raza humana como una única unidad gobernada por un único conjunto de leyes. Todos eran “nosotros”, al menos en potencia. Ya no había “ellos”. El primer orden universal que apareció fue el económico: el orden monetario. El segundo orden universal fue político: el orden imperial. El tercer orden universal fue religioso: el orden de las religiones universales, como el budismo, el cristianismo y el islamismo.

---

Los cazadores-recolectores no tenían dinero. Las formas de intercambio más complejas se basaban en el trueque. Para Harari, el más complejo sistema de trueque inventado por la humanidad fue el ideado por la Unión Soviética, que fracasó estrepitosamente. Los incas también intentaron el desarrollo de este método, pero el dinero acabó imponiéndose.

Las cosas valiosas como el tiempo o la belleza no pueden almacenarse. El dinero, ya sea en forma de papel, bits informáticos o conchas de porcelana, resuelve este problema. El dinero no es una realidad física, sino una construcción psicológica, cuya materia bruta es la confianza. Nos encontramos ante el sistema universal y más eficiente de confianza mutua jamás inventado, que da soporte a relaciones políticas, sociales y económicas.

No es coincidencia que el dinero (el dinero de cebada sumerio) apareciera en el mismo lugar en el que se inventó la escritura hacia el año 3.000 antes de Cristo. El gran avance en la historia de la humanidad se produjo cuando se llegó a confiar en dinero que carecía de valor intrínseco, pero que era más fácil de almacenar y transportar. Tal dinero apareció en la antigua Mesopotamia a mediados del tercer milenio antes de Cristo: el siclo de plata. Posteriormente, los pesos fijados de metales preciosos dieron origen a las monedas, cuyos primeros ejemplares se acuñaron hacia el año 604 antes de Cristo por el rey Aliates de Lidia, en Anatolia occidental. Así, se expresaba cuánto metal precioso contenía la moneda y qué autoridad emitía la moneda y garantizaba su contenido (el papel moneda llegaría mucho más tarde y por otras circunstancias).

A finales de la Edad Moderna todo el mundo era una “única zona monetaria”, basada en el oro y la plata y, más adelante, en la libra inglesa o en el dólar estadounidense. Las personas hablaban idiomas mutuamente incomprensibles, obedecían a gobiernos diferentes y adoraban a dioses distintos, pero todos creían en el oro y en la plata y en las monedas de oro y de plata. Sin esta creencia compartida las redes comerciales globales habrían sido prácticamente imposibles.

Durante miles de años, filósofos, pensadores y profetas han vilipendiado el dinero y lo han calificado como la raíz de todos los males. A pesar de todo, el dinero es, asimismo, el apogeo de la tolerancia humana. Gracias al dinero, personas de distintas culturas, credos, religiones, idiomas u origen geográfico, que no se conocen ni confían unas en otras, pueden cooperar de manera efectiva.

En cuanto a los imperios, la presunción de gobernar el mundo entero en beneficio de todos sus habitantes ha sido una constante en la historia de la humanidad, desde Ciro y los persas, Alejandro Magno, los emperadores romanos y los califas musulmanes hasta los líderes soviéticos o los presidentes norteamericanos. Esto ha supuesto la negación del derecho de rebelión o resistencia de los pueblos sometidos.

Los imperios tienden a la uniformidad, gracias a la diseminación de ideas, instituciones costumbres y normas, lo cual facilita la afirmación de la legitimidad del poder imperial y su gobernanza. Incluso así, muchos imperios han generado civilizaciones híbridas que absorbieron valores de los propios pueblos sometidos. Un ejemplo lo podemos apreciar en el proceso de descolonización en el siglo XX, en el que los pueblos subyugados por las potencias occidentales se basaron en los principios y valores de estas para proclamar su autodeterminación.

Purgar la cultura humana del imperialismo en busca una civilización pura y auténtica, no mancillada por el “pecado”, es una ingenuidad en el mejor de los casos. Todas las culturas humanas son, parcialmente cuando menos, la herencia de imperios y de civilizaciones imperiales, y no hay cirugía académica o política que pueda sajar las herencias imperiales sin matar al paciente, considera Harari.

El imperio global de nuestra época no está gobernado por ningún Estado o grupo étnico en particular. De manera similar a lo acaecido en el Imperio Romano tardío, el imperio global está gobernado por una élite multiétnica, y se mantiene unido por una cultura e intereses comunes. En todo el planeta hay cada vez más emprendedores, ingenieros, expertos, abogados y gestores que son llamados a unirse al imperio. Deben sopesar si responden a la llamada imperial o permanecen leales a su Estado y a su gente: cada vez son más los que optan por el imperio.

El tercer orden universal, como hemos adelantado, es el religioso. Harari explica conceptos tales como idolatría, politeísmo, monoteísmo... Recurre de nuevo a la controversia, pues estima que la edad moderna “ha asistido a la aparición de varias religiones de ley natural nuevas como el liberalismo, el comunismo, el capitalismo, el nacionalismo y el nazismo”. Opina que los promotores de estas creencias prefieren que sean calificadas como ideologías antes que como religiones, lo cual es meramente un ejercicio semántico. Si una religión es un sistema de normas y valores humanos que se fundamenta en la creencia de un orden sobrehumano, entonces el comunismo soviético no era menos religión que el islamismo. De este modo, el capitalismo es la más exitosa de las religiones modernas. Actualmente, la secta humanista más importante es el humanismo liberal, junto al humanismo socialista.

Los nazis consideraban que el ser humano puede evolucionar hacia el superhombre o bien degenerar en un “subhumano”, aunque los estudios genéticos posteriores a 1945 han demostrado que las diferencias entre las diversas estirpes humanas son mucho más pequeñas de lo que los nazis postulaban. Sin embargo, aunque nadie pretende actualmente exterminar razas o pueblos inferiores, sí comienza a vislumbrarse la posibilidad de usar los crecientes conocimientos en biología humana para crear “superhumanos”.

---

Uno de los elementos que ha hecho posible que los órdenes sociales modernos se mantuvieran unidos es la expansión de una creencia casi religiosa en la tecnología y en los métodos de la investigación científica, que, hasta cierto punto, han sustituido a la creencia en verdades absolutas. Expertos en nanotecnología desarrollan en la actualidad un sistema inmune biónico compuesto por millones de “nanorrobots”, que habitarían en nuestro cuerpo, abrirían vasos sanguíneos bloqueados, combatirían virus y bacterias, eliminarían células cancerosas e incluso invertirían los procesos de envejecimiento. Científicos serios y fiables sugieren que hacia 2050 algunos humanos se podrían convertir en “amortales”, es decir, en personas que, en ausencia de un accidente o trauma fatal, podrían vivir indefinidamente. El “amortal” no sería inmortal pero casi... Hoy día y, especialmente en el futuro, será fundamental con qué ideología o religión se alía la investigación científica.

Una de las consecuencias del nuevo orden posterior a 1945 es que ya no hay Estados que invadan a otros. La paz real no es la simple ausencia de guerra. La paz real es la improbabilidad de guerra. La humanidad ha roto la ley de la jungla. Además, el coste de la guerra ha aumentado de una forma sustancial. Las armas nucleares han convertido la guerra entre superpotencias en un suicidio colectivo y han hecho imposible pretender dominar el mundo por la fuerza de las armas. El coste bélico ha crecido y los posibles beneficios han menguado.

En las economías capitalistas modernas, el comercio y la inversión exterior se han convertido en cruciales. La paz proporciona dividendos únicos. La globalización ha erosionado la independencia de las naciones.

La confluencia del comercio, los imperios y las religiones ha llevado a los “sapiens” de todos los continentes, en suma, al vigente mundo global. Se trata, probablemente, del resultado inevitable de la dinámica de la historia humana. Llegados a este punto, ¿cuál será el siguiente paso de nuestra evolución como especie? ¿El desastre ecológico? ¿El paraíso tecnológico?

Aunque las fuerzas geográficas, biológicas y económicas crean limitaciones, siempre hay un amplio margen de maniobra para acontecimientos sorprendentes. La historia no es determinista sino caótica en su avance, afirma nuestro historiador. Nos hallamos, asevera, en el umbral tanto del cielo como del infierno: “La historia todavía no ha decidido dónde terminaremos, y una serie de coincidencias todavía nos pueden enviar en cualquiera de las dos direcciones”.

En este punto, Harari aventura cómo serán los futuros amos del mundo. Probablemente habrá una diferencia mayor entre nosotros y ellos que entre nosotros y el hombre de Neandertal. Lo más factible es que el “Homo Sapiens” sea sustituido por el “Homo Deus”, que poseerá un físico diferente y un mundo cognitivo y emocional radicalmente distinto.

En el epílogo del libro, en su último párrafo, Harari se pregunta: “¿Hay algo más peligroso que unos dioses insatisfechos e irresponsables que no saben lo que quieren?”. La respuesta a esta inquietante pregunta se encuentra en su libro “Homo Deus. Breve historia del mañana”, que esperamos comentar en una próxima reseña.